

LEWIS CARROLL

Alicia
en el país
de las maravillas



Lectulandia

¿Qué harías si una calurosa tarde de verano, mientras descansas a la sombra de un árbol, vieras pasar un conejo blanco con chaleco y reloj? Eso es lo que le ocurrió a Alicia, y ella siguió al increíble conejo, entró tras él en una madriguera... y llegó al más maravilloso de los países...

Lectulandia

Lewis Carroll

Alicia en el país de las maravillas

Mi primera biblioteca 4

ePub r1.0

Titivillus 25.09.2019

Título original: *Alicia en el país de las maravillas*

Lewis Carroll, 1985

Ilustraciones: Horacio Elena, Miguel Varela, Cristina Dartiguilongue, Silvia Badesich

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

LEWIS CARROLL

Alicia
en el país
de las maravillas







Una calurosa tarde de verano, Alicia estaba sentada a la sombra de un árbol, cuando de pronto vio pasar a un Conejo Blanco que parecía tener mucha prisa, pues sacó un reloj del bolsillo de su chaleco, lo miró y echó a correr hacia el interior del bosque.





—¡No es posible! —exclamó Alicia asombradísima. Sin pensárselo dos veces, siguió al increíble Conejo Blanco, que entró corriendo en una gran madriguera.

Alicia fue tras él, y de pronto cayó por un profundo pozo que parecía no tener fin, aunque por suerte acabó aterrizando sobre un montón de hojas secas.

Al levantarse vio que estaba en una extraordinaria sala con muchas puertas, en cuyo centro había una mesa de tres patas, toda de cristal, con una pequeña llave de oro encima y un frasco con una etiqueta que ponía «bébeme».





Con la llave de oro, Alicia sólo pudo abrir una puertecita que era demasiado pequeña para pasar por ella, al otro lado de la cual se veía un hermoso jardín.

Sin saber qué hacer, la niña se bebió el contenido del frasco y, ¡oh maravilla!, empezó a volverse cada vez más pequeña, tanto que ya cabía por la puertecita; pero la había cerrado de nuevo y dejado la llave sobre la mesa, ¡y ahora ya no podía alcanzarla! Alicia se puso a llorar y... ¡empezó a crecer hasta dar con la cabeza en el techo!

Entonces agarró la llave justo a tiempo, y volvió a menguar.





De nuevo pequeña, abrió la puertecita y cayó a un estanque formado por sus propias lágrimas, donde se cruzó con un Ratón.



Al otro lado encontró un Dodo, un Pato, un Loro, un Aguilucho y otros animales, que le regalaron un dedal en señal de bienvenida.





Mientras paseaba por aquel extraordinario lugar, Alicia se preguntaba cómo recuperaría su tamaño normal.

De pronto, vio una extraña Oruga Azul que estaba sentada encima de una seta, fumando en pipa.

—¿Sabes cómo podría crecer de nuevo? —le preguntó Alicia.

—Si comes del lado derecho de la seta, te harás más pequeña; si comes del lado izquierdo, crecerás.

Alicia dio las gracias a la Oruga Azul, arrancó un pedazo de seta con cada mano para poder crecer o menguar a conveniencia, y siguió su camino.





Alicia llegó a una casita en medio del bosque, llamó a la puerta y, como nadie contestaba, entró.

La puerta daba directamente a la cocina. En el centro de la habitación había una Duquesa, con cara de mal humor y un Bebé llorón en brazos. Una Cocinera removía la sopa y, enroscado en el suelo, había un Gato de Cheshire, de esos que sonríen constantemente.

La Duquesa no paraba de gruñir, y de pronto le tiró el Bebé a Alicia, que salió con él en brazos ¡y vio que se había convertido en un Cerdito! Lo dejó en el suelo, y el animalito se fue trotando.





Alicia no sabía hacia dónde ir,
cuando vio de nuevo al Gato de
Cheshire, esta vez subido a la rama
de un árbol.



—Ve en aquella dirección y
verás al Sombrero Loco y la
Liebre de Marzo —dijo el Gato, y se
esfumó como una llama que se apaga.





Siguiendo las instrucciones del Gato, Alicia llegó a un claro del bosque donde, sentados a una mesa, vio al Sombrerero Loco, la Liebre de Marzo y el Lirón, que estaban tomando el té.

Había un sillón verde desocupado, así que Alicia se sentó en él y se sirvió pan y mantequilla.

El Lirón casi no decía nada, pues no hacía más que dormir; pero el Sombrerero y la Liebre no paraban de hablar, y decían tantos disparates que Alicia no entendía nada. Así que al cabo de un rato la niña se despidió de los extraños personajes y siguió su camino.



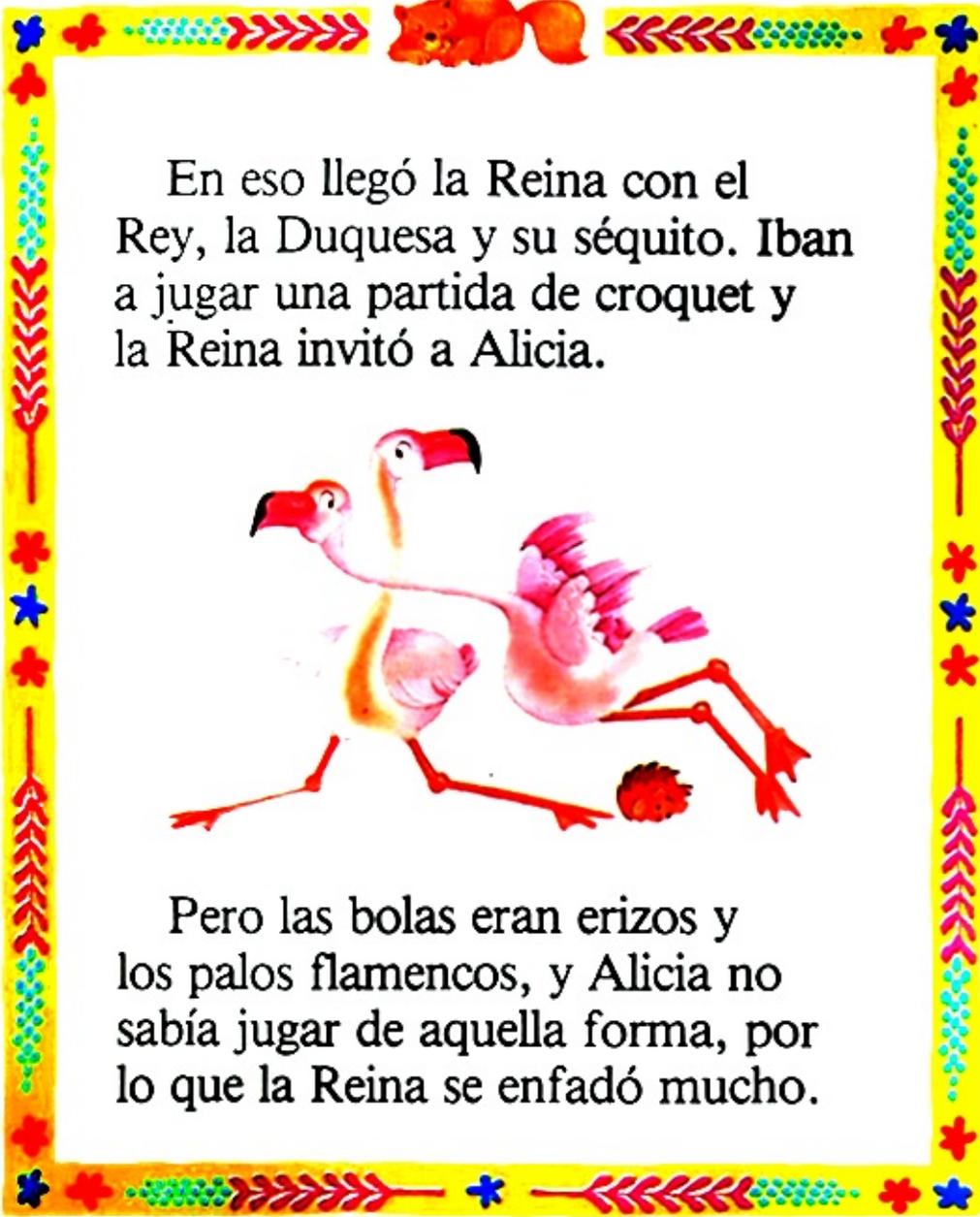


Llegó por fin Alicia a un precioso jardín lleno de rosales, y cuál no sería su asombro al ver, en un rincón, a tres hombrecillos que estaban pintando de rojo unas rosas blancas.

Al acercarse, vio que aquellos hombrecillos eran naipes vivientes. Les preguntó qué estaban haciendo, y ellos contestaron asustados:

—La Reina de Corazones quería un rosal rojo en este rincón, pero nos equivocamos y lo plantamos blanco; por eso lo estamos pintando de rojo, para que no se dé cuenta de nuestro error, pues de lo contrario nos castigará.





En eso llegó la Reina con el Rey, la Duquesa y su séquito. Iban a jugar una partida de croquet y la Reina invitó a Alicia.



Pero las bolas eran erizos y los palos flamencos, y Alicia no sabía jugar de aquella forma, por lo que la Reina se enfadó mucho.





La Reina mandó detener a Alicia, que no entendía nada, y de pronto se formó un tribunal ante el que le ordenaron aparecer como testigo.

Allí estaba de nuevo el Conejo Blanco, que llamaba a declarar con una larga trompeta. Llamó a Alicia, que, pensando que las cosas se estaban poniendo feas, comió un trozo de la seta que hacía crecer.

Empezó a volverse más y más grande, y la Reina ordenó a sus soldados que la atacaran. Los soldados se arrojaron sobre ella, pero ahora eran muy pequeños.

«Son sólo naipes —pensó Alicia—, y no debo asustarme.»





Los naipes golpeaban su cara...
y entonces Alicia se dio cuenta de
que no eran cartas, sino hojas
caídas del árbol bajo el que se
había quedado dormida. Todo
había sido un maravilloso sueño.

